

decís la verdad, que quien tal hace no puede mentir: señora, á pesar de lo que vos decís, esta jóven es la mujer de Antonio! Volved á su lado, y todos os respetarán.

Los oficiales miraban con gusto aquel desenlace, y solo Brodeli estaba sombrío.

—¿Qué has hecho, desgraciada?—dijo la señora Magdalena cuando salieron de allí—deshonrarte.....

—¡Salvarle, madre mia, así como él nos salva! ¡salvar á mi esposo, que creo mi deber!

XV.

Puerto-Príncipe.

(CONTINÚA).

PEDRO Juan, llegó felizmente á la playa, y en pié ya en tierra, exploró el horizonte para ver si en su persecucion venia alguna lancha de los piratas; convencido de que no habia peligro, quiso descansar un momento para ponerse en marcha.

Aquel terreno era desconocido para él, y no sabia qué camino podria conducirle á la villa; pero firme en su resolucion y con la idea de hacer un gran servicio al rey, se levantó, y tomó sin vacilar el primer sendero que se le presentó á la vista. La fortuna lo favoreció, y despues de cuatro horas de camino se encontró en la villa.

Su aspecto, sus palabras, el riesgo próximo que iba anunciando, hizo que los habitantes de Puerto-Príncipe lo vieran con extraordinaria atencion, y poco despues estaba ya en presencia del gobernador, refiriéndole cuanto sabia acer-

ca de la expedición y desembarco de los piratas y del gran riesgo que corría la villa.

La mas espantosa alarma produjeron las relaciones de Pedro Juan; unos se apresuraban á esconder sus riquezas, y llevarlas á los montes inmediatos; otros se preparaban á resistir, y otros que creían que nada tenían que perder, resolvíanse á esperar con tranquilidad la llegada de Morgan y de los suyos.

El gobernador despachó por todas partes correos pidiendo auxilio, y comenzó con increíble actividad á levantar las milicias y hacer sus preparativos de defensa.

Todos los caminos que conducían de la mar á la villa fueron obstruidos completamente con troncos de árboles y peñascos, y ya el gobernador á la cabeza de sus tropas esperaba al enemigo, cuando llegó la noticia de que los piratas efectuaban su desembarco.

Morgan habia quedado convencido de la lealtad de Antonio, pero Brodeli no estaba satisfecho.

La escena que habia pasado entre el almirante y Julia habia llegado á noticia de Brazo-de-acero, que comprendió desde luego que el vice-almirante tenia contra él un rencor profundo, y que la señora Magdalena estaba tambien terriblemente indispuesta: él y Julia se encontraban, pues, en medio de enemigos.

A pesar de todo, por las mismas circunstancias la madre de Julia procuraba disimular fingiendo una gran conformidad con todo lo acontecido, aparentando no tener mas anhelo que volver á reunirse con Pedro Juan y encontrarse libre para partir á Nueva-España.

Habia llegado el momento del desembarco; botes y lanchas cargadas de piratas se desprendieron de los buques y llegaron á las playas.

—¿Dejais en el navío á Brazo-de-acero?—preguntó Brodeli á Morgan.

—Sí—contestó el almirante.

—Podia seros muy útil en tierra; ha sido cazador, y podria muy bien servir mas á vos que mandais el desembarque y vivís entre peligros, que á mí que ando mandando la escuadra y en perfecta tranquilidad.

Morgan no sabia ú olvidaba el rencor que Brodeli guardaba á Antonio, y se dejó engañar por el vice-almirante.

—Teneis razon—dijo—me lo llevaré.

Y dió orden para que Brazo-de-acero se encargara del mando de uno de los pelotones de desembarco.

Antonio, aunque ignorando todo esto, tuvo, sin embargo, un triste presentimiento al separarse de Julia, pero no comprendió la extensión del mal.

Brodeli quedaba al mando de la escuadra, Antonio iba á tierra; Julia quedaba enteramente á merced del vice-almirante.

Ricardo, el antiguo cazador, era de los que quedaban en la custodia de las naves, y precisamente en el navío almirante; en él vió Antonio una esperanza.

—Ricardo—le dijo Antonio—voy á mandar uno de los pelotones de desembarco.

—Dichoso tú—contestó el inglés;—vas á cambiar de vida, á entrar en combate, á tener emociones, mientras que yo seguiré aquí consumiéndome de fastidio y esperando noticias de tierra.

—Pero óyeme, Ricardo; dejo en la armada mi vida, la mitad de mi alma; Julia se queda aquí.....

—Comprendo tu sentimiento; pero confio en que á tí no te sucederá nada, y que tendrás la seguridad de que tu Julia no corre aquí ningun peligro.

—Por el contrario, amigo mio, esa seguridad es la que no llevo; Julia corre aquí un peligro inmenso.

—Peligro! ¿y por qué?

—Oyeme: el vice-almirante tiene respecto de ella perversas intenciones, lo he comprendido, y al verla sola, sin defensa, quizá quiera aprovecharse de la situación.

—Oh! eso no! ¿por ventura no estamos aquí tus amigos? ¿somos tan débiles?.....

—Ricardo, esa es mi única esperanza, mis amigos, y sobre todos tú, tú.

—Sí, yo que cuidaré de ella como de mi hermana.

—Sí, Ricardo, ¿me prometes cuidar de mi Julia?.....

—Antonio, parte tranquilo, nada hay en el mundo que no sea yo capaz de hacer por esa niña; hasta dar muerte á Brodeli si fuere necesario: los ingleses que vienen con nosotros me apoyarán; vé tranquilo y nada temas por tu Julia; yo quedo aquí.

—Gracias, gracias, me vuelves la dicha—exclamó con efusión Brazo-de-acero estrechando la mano de su amigo:—adios, Ricardo; algun dia te pagaré este servicio. Adios.

Y los dos amigos se separaron. Antonio desde su bote contemplaba á Ricardo, á Brodeli, á Julia y á la señora Magdalena, que lo miraban alejarse: tres distintos pensamientos agitaban aquellos cuatro cerebros.

—Te llevas mi alma—pensaba Julia.

—He triunfado—decía Brodeli.

—Cumpliré lo que he ofrecido—decía Ricardo.

—Ojalá y encuentres la muerte—pensaba la señora Magdalena.

Y entre tanto Antonio meditaba y confiaba en Dios.

Juan Morgan desembarcó el primero, y poco despues toda su tropa, que era en número bastante reducido.

Comenzaron á explorar los caminos, y resultó que todos ellos estaban obstruidos; los españoles habian creído impedir así que los piratas siguiesen adelante.

Pero aquellos hombres no se detenian delante de ningun obstáculo; las dificultades no hacian sino enardecer mas sus ánimos y afirmarlos mas en sus resoluciones.

Morgan organizó su gente en una columna, y sin buscar camino y sin seguir mas que el rumbo, se internó en los bosques espesísimos que se interponian entre él y la villa.

Terriblemente penosa era aquella travesía: la maleza y los arbustos formaban una muralla, las lianas tejian inmensas y apretadas redes por todas partes, que era necesario cortar á cada paso; los árboles estaban algunas veces tan cerca unos de los otros, que apenas se podia cruzar entre ellos.

Cascadas, torrentes, peñascos, todos eran obstáculos, dificultades y peligros en aquella marcha; todo retardaba, todo amenazaba, y ademas, á cada momento se esperaba una emboscada ó una sorpresa por parte de los enemigos de la villa.

Pero los piratas no hubieran cejado aunque hubiera estado de por medio el infierno, y Morgan era de un carácter de hierro y conocia la gente que llevaba.

Los cazadores de la Española, acostumbrados á la vida salvaje de las montañas, hacian allí el principal papel; ellos eran, por decirlo así, la descubierta y los zapadores de la columna, porque ellos exploraban el terreno y procuraban con sus hachas de abordaje y sus anchos cuchillos de monte expeditar en lo posible el camino.

Antonio mandaba esta descubierta, y en medio de todas aquellas penalidades, la imagen de Julia no se apartaba un solo instante de su pensamiento; algunas veces se la figura-

ba tranquila y pensando en él, y entonces trabajaba con furioso ardor; otras la veía luchando en los brazos de Brodelli, y el hacha caía de sus manos, y sacudía la cabeza temiendo volverse loco con este pensamiento.

Los celos y el amor luchaban en el corazón de Brazo-de-acero, y cada hora que pasaba era para él un siglo.

La columna de los piratas caminó dos días entre los bosques, y al tercero, cuando el sol estaba en mitad del cielo, los exploradores dieron un grito de alegría.

Habían llegado al límite del bosque; delante de ellos se extendía una inmensa llanura, una gran sabana, y á lo lejos se percibían ya algunas habitaciones.

La situación de la columna de los piratas había cambiado, y se sentían cerca del objeto de todos sus esfuerzos.

Comenzó la columna á salir á la sabana, y casi al mismo tiempo se avistó á lo lejos una gallarda tropa de caballería que venía sobre ellos.

Era el gobernador de la villa á la cabeza de un escuadrón, que creía atemorizar á los piratas, ponerlos en fuga y destruirlos completamente; pero no conocía la índole ni el valor de aquellos hombres.

Morgan mandó desplegar sus estandartes, formó su gente en semicírculo, y al son del tambor y poniéndose al frente, comenzó á avanzar sobre el regimiento español, que por su parte se acercaba con bazarria.

Quizá en los tiempos modernos, con los adelantos de la táctica, con el principio científico de que la caballería en los ejércitos es un inmenso proyectil, aquella formación semicircular que había dado Morgan á su tropa, no hubiera podido resistir la primera carga, no de un escuadrón, pero ni de una compañía.

Entonces se pensaba de otro modo, y las batallas, mas que los cañones, las dan los cerebros.

Morgan y el gobernador de Puerto-Príncipe avanzaban, y llegaron por fin á ponerse á tiro; se escuchó primero la detonación de una arma de fuego, luego otra y otra, hasta que el combate se hizo general.

Españoles y piratas peleaban con encarnizamiento; el combate había durado ya tres horas, y la suerte estaba aún indecisa para conceder la victoria.

El gobernador español recorría su línea, animaba á sus soldados, cargaba personalmente cuando los piratas cerraban demasiado, y era, en fin, el alma y el valor de los suyos.

Morgan, por su parte, hacía lo mismo; pero uno y otro ganaban y perdían terreno alternativamente.

Antonio luchaba como un león á la vista de los tercios españoles; había sentido encenderse su sangre, olvidó á Julia, y no pensaba mas que en combatir; hacía prodigios de valor, y el almirante lo contemplaba con entusiasmo.

—Bien, Antonio, bien—dijo una de las veces que pasó á su lado—es preciso cargar, porque estos españoles se baten como valientes.

—Si tuviéramos siquiera veinte ginetes de mi tierra—contestó Brazo-de-acero—sería esa ya cuestión terminada.

Morgan no replicó, sonrió al mexicano, y siguió reconociendo la línea.

Brazo-de-acero, seguido de algunos cazadores, se avanzó demasiado sobre los enemigos.

El gobernador de la villa lo notó, y á la cabeza de algunos ginetes se arrojó sobre ellos; aquella carga no podía evitarse, ni los cazadores podían huir; era preciso resistirla á pié firme, sin más esperanza que rechazarla ó morir.